La muerte y la dama
Judith Tarr



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com



I

El año después de la Gran Peste, tuvimos la mejor cose-cha que nadie pudiera recordar. La mejor y la peor, ya que éramos muy pocos para recogerla; todos los hombres que habían sobrevivido a la enfermedad, incluidos los jóvenes inexpertos, se habían marchado a las interminables guerras de los nobles, y tan sólo quedaban los ancianos, los lisiados, los locos y las mujeres. Hicimos de ello una broma aquel año, sobre cómo el Angel de la Muerte se había llevado a parte de nuestros hombres, y el señor y el conde al resto.

En Sency-la-Forêt hacíamos lo que podíamos. Yo aquel verano había perdido un bebé y casi mi propia vida, y todavía me sentía algo débil; aun así habría ido a recoger la cebada con mis hermanas si la madre Adèle no me hubiera visto salir con la guadaña en la mano. Menuda lengua tenía la madre Adèle, a pesar del hábito negro de san Benito. Cogió la guadaña, se arremangó el traje y se marchó a trabajar con los demás, mientras que yo me fui a donde me había mandado, a cuidar de los niños.

Cada familia había perdido a parte de sus miembros en la peste negra, y en el señorío junto al arroyo el ángel oscuro se los había llevado a todos, salvo a los pocos que tuvieron la perspicacia de huir. Por tanto éramos una heredad sin señor y también sin hombres; una ciudad de mujeres, como nos llamaba una de las monjas del priorato que leía libros, no todos ellos sobre la Sagrada Escritura.

Desde donde estaba sentada, bajo el espino, podía verla en el campo atando haces junto a los segadores. La acompañaban algunos niños, entre ellos mi Céline, quien siendo apenas lo bastante mayor para trabajar ya tenía su propia gavilla. Yo me ocupaba de los más pequeños, de los bebés en sus parques como ovejas extraviadas, y de los que habiendo abandonado el lecho materno por unas horas se encontraban sobre mi regazo o formando un círculo a mi alrededor, mientras les contaba una historia. Era una historia muy antigua, y apenas necesi-taba prestarle atención, por lo que me dejaba llevar mientras contemplaba a los segadores. Decidí entonces reclamar mi guadaña. Ya se encargaría la madre Adèle de cuidar a los niños. Yo abultaba más que ella, y era también más fuerte.

Me sentía cada vez más disgustada, aunque siguiera sonriendo a los niños y haciéndolos reír. Incluso a Francha -quien nunca pronunciaba una palabra ni lo había hecho desde que había visto morir a su familia- le brillaban los ojos de alegría, aunque bajó la mirada rápi-damente. Entonces la tomé en mis brazos para ponerla en mi regazo. Estaba tiesa, era toda huesos y temblaba como un ser salvaje, pero no escapó como solía hacer, y algo más tarde hasta apoyó la cabeza sobre mi pecho.

Esto consiguió calmar mi malhumor. Terminé la historia que estaba contando, pero, al disponerme a iniciar otra, Francha se quedó rígida en mis brazos. Traté de sosegarla hablándole y acariciándola, pero empezó a debatirse y a arañarme, aunque no para escapar sino para ver qué había tras de mí.

Sency se llama Sency-la-Forêt, no porque hubiera sido un bosque alguna vez, aunque esto también era cierto, ni porque esté rodeada de bosque, hasta la carretera que conduce a Sency-les-Champs y continúa hasta Normandía; sino por los árboles que configuran un verda-dero muro en el oeste. La gente atraviesa Sency de norte a sur, y luego de vuelta, en dirección contraria. A veces, desde el norte o el sur, se van hacia el este, a Maine o Anjou, pero nunca van hacia el oeste. El este, el sur y el norte están cubiertos de bosque, que pertenece en par-te al señor de Sency, si la peste no se hubiera llevado a quien pudiera reclamar tal título, y en parte es territorio común para la caza y la tala de árboles, y pasto para los cerdos. El oeste es el Bosque: maldito, según decía el cura antes de que la peste lo aterrorizara y huyera a

Avranches; embrujado, decían las viejas alrededor de la lumbre por las noches; o encantado, solían decir los jóvenes antes de marcharse. A veces un joven juraba que se iría de caza al Bosque, o una joven decía que pensaba citarse con su amante en el pozo que había cerca de la capilla en ruinas. Si alguno lo hizo realmente, nunca llegó a contarlo, ni la gente le preguntó por ello. Era mejor no hablar del Bosque.

Seguía sentada con Francha, tiesa como un palo, en mis brazos y miré hacia donde ella tenía clavada la mirada, hacia la verde oscuridad del Bosque. Había alguien allí. Podía ser un viajero procedente del sur o del este, que hubiera tomado una desviación de la carretera hacia el oeste, o que sencillamente se sintiera atraído por los árboles. Por aquel entonces ya éramos un pueblo de bastante difícil acceso, con aquella empalizada que había construido el señor Arnaud antes de morir y sólo una verja abierta en el lado norte.

Francha se fue de mis brazos, y mi Perrin, siempre el primero en abalanzarse sobre cualquier novedad, se apresuró alegremente tras ella. En un instante se habían marchado todos. Los bebés empezaron a chillar en sus parques, y los segadores que se encontraban más cerca interrumpieron su trabajo para ver qué ocurría.

Más tarde me puse a pensar que no hacía tanto tiempo que había terminado la peste, que las calles estaban llenas de lobos, casi todos ellos de dos patas y sumamente peligrosos, y que el Bosque encerraba cosas más temibles que cualquier lobo, si tan siquiera la décima parte de las historias eran ciertas.

Mientras corría pensaba en Perrin y en Francha. Unos meses atrás habría podido alcanzarlos fácilmente, pero empecé a sentir puntadas en el vientre, lo que me hizo retorcerme de dolor y maldecir. Seguí corriendo a pesar de ello, aunque cojeando, y, cuando me hube acercado lo suficiente, vi que no había más que una silueta junto al Bosque, que permanecía inmóvil ante la embestida de los niños. Era una mujer, aunque no sé cómo me di cuenta ya que tan sólo se veía una figura sin formas, envuelta en marrón, con capucha y sin rostro. Pero nuestros pequeños no la temían en absoluto. Habían visto la peste, y esto no era más que algo curioso, un viajero de la carretera por la que nadie viajaba, algo nuevo tras lo que correr y chillar y pelearse.

Mientras los niños se esparcían como un rebaño de ovejas correteando a su alrededor, la silueta se agachó y se irguió con uno de los niños en sus brazos. Era Francha, la blanca y silenciosa Francha, que nunca hablaba y huía incluso de las personas que conocía, quien estaba ahora agarrada a aquella extraña como si no la fuera a soltar jamás.

Los segadores no habían reanudado su trabajo. Algunos se acercaban lentamente, por fatiga o recelo, mientras que otros acudían tan rápido como podían. En Sency ya no nos fiábamos de nada, aunque es cierto que había reinado la paz desde la primavera, cuando el enviado del conde vino a llevarse a nuestros hombres. Nos protegían nuestros bosques, y también nuestras oraciones.

Aun así fui la primera, después de los niños, en llegar hasta la desconocida. La mujer llevaba una enorme capucha, pero al ser de día pude ver su pálido rostro, cuyos grandes ojos me miraban fijamente.

Dije lo primero que se me ocurrió:

- Saludos, forastera. Que Dios os bendiga.

Respondió con un sonido que pudo haber sido tanto risa como sollozo, pero luego habló con suficiente claridad.

- Saludos y recibid mi bendición, en nombre de Dios.

-Tenía voz de dama, y acento de dama también, y su dulce tono me recordaba a los pájaros.

-¿De dónde sois? ¿Sois portadora de la enfermedad?

La dama no se inmutó en absoluto. Fui yo quien empezó a impacientarse.

La madre Adèle también era noble de nacimiento, aunque no le daba demasiada importancia, y era tan descarada con el señor obispo como con cualquiera de nosotras. Ahora, detrás de mí con las manos apoya-das en sus anchas caderas, contemplaba con dureza a la

desconocida.

- Bueno, ¿sois muda, o qué?

- Muda, no -repuso la mujer con su suave voz-, ni enemiga tampoco. Y no estoy enferma.

-¿Y cómo podemos estar seguras de ello?

Respiré hondo.

La mujer habló antes de que yo pudiera hacerlo, con la misma dulzura y paciencia que antes, mientras Francha seguía apoyando la cabeza en el hueco de su hombro. Me puse a pensar que podía ser una monja huida de su convento, y, si lo era, creía saber por qué. Ninguna mujer de Cristo llevaría al hijo de un hombre en su vientre, creciendo bajo su gruesa túnica marrón.

- Nunca puede uno estar seguro -le dijo a la madre Adèle-, no cuando se trata de un desconocido, ni en estos tiempos. No tomaré de vos más que el pan de vuestra caridad y vuestra bendición, si de-seáis dármela.

- Os podemos dar pan -contestó la madre Adèle-. En cuanto a la bendición, debo pensarlo. Si deseáis un lecho donde pasar la noche, hay paja suficiente en el granero, y, si lo estimáis conveniente, podríais ganaros la cena trabajando como segadora.

-¿Incluso sin ser bendecida? -preguntó la dama.

La madre Adèle estaba disfrutando. Lo advertí en el brillo de sus ojos.

- Ganaos la cena -respondió-, y tendréis vuestra bendición.

La dama agachó la cabeza, con la gracia de una reina de cuento, v murmuró algo al oído de Francha, quien dejó de agarrarse a su cuello. Posó a la niña en el suelo delante de mí (mientras Francha mostraba su descontento con la mirada, en silencio), y siguió a la madre Adèle por el campo. Ninguno de los niños fue tras ella, ni siquiera Perrin. Estaban más sosegados y callados de lo que los había visto jamás, aun-que volvieron en sí enseguida, en cuanto hubieron regresado al espino.

Su nombre era Lys. Fue todo cuanto nos dijo aquella noche, sentada junto a la lumbre en el campo segado mientras comía pan con que-so y bebía cerveza, que era lo único que teníamos. Con el calor del día se había quitado la capucha y la túnica, y se había puesto a trabajar como las demás, con una camisa de lino prácticamente nueva. No había duda de que estaba encinta, desde hacía dos estaciones, pensé, aunque su delgadez lo acentuaba todavía más. Sus huesos eran finos como los de un pájaro, y su piel tan blanca que se le veían las venas. Sus cabellos eran tan negros como blanca su piel y bien cortos, como los de una monja.

Ella decía que no lo era. Lo juraba incluso, cerrando los párpados que cubrían sus grandes ojos grises. ¿He dicho que era preciosa? Realmente lo era, como un lirio blanco, con su tierna voz y sus largas manos blancas. Francha se agarraba a su regazo impidiendo que se acercara a nadie, pero Perrin estaba como encantado, al igual que Céline y los demás niños cuyas madres no los habían llevado aún a dormir.

- No soy una monja -decía-, sino una gran pecadora, que hace penitencia por sus pecados con este largo viaje.

Asentíamos con la cabeza alrededor de la lumbre. Comprendíamos las peregrinaciones; y también a los peregrinos, solos, a pie y tonsura-dos, recorriendo las leguas de su salvación. Guillemette, que era bonita pero muy tonta, suspiró y se llevó las manos al pecho.

-Qué triste -dijo-, y qué valiente fuisteis al dejar a vuestro señor y vuestro castillo (ya que sin duda teníais un castillo, pues sois demasiado bella para ser una simple esposa) y emprender tan largo camino.

-Mi señor está muerto -replicó la dama.

Guillemette parpadeó. Sus ojos se llenaban de lágrimas muy fácilmente.

- ¡Oh, qué horror! ¿Fue en la guerra?

- Fue la peste -repuso Lys-. Ocurrió hace seis meses, y llevo a su hija en mi vientre. Podéis llorar si lo deseáis, pero a mí no me quedan lágrimas.

Se veía en su forma de hablar, seca y pausada. Sin rabia, ni tampoco ternura. En medio del silencio, se levantó.

- Si hay una cama para mí, la aceptaré, pero me iré por la mañana.

- ¿Adónde? -Era la madre Adèle, tan brusca como siempre, y que-riendo llegar al fondo de todo.

Lys permaneció inmóvil. Era alta, y parecía aún más alta a la luz del fuego.

- El voto que he hecho me conduce hacia el oeste.

- Pero ¡si no hay nada en el oeste! -objetó la madre Adèle.

-Sí lo hay -contestó Lys-. Hay un reino entero que se extiende en leguas, desde estas marcas hasta el mar.

-Ah -dijo la madre Adèle, seca y cortante-. Eso no es el oeste, es Armorica. El oeste es algo que debe evitar cualquier ser humano. Si es Armorica a donde deseáis ir, es mejor que vayáis primero al sur y luego al oeste, por la carretera del rey.

-Nosotros llamamos a ese reino de otra forma -declaró Lys-, don-de yo nací. -Se estremeció y suspiró-. Me iré por la mañana.

Durmió en la casa a la que vine al casarme con Claudel, compartiendo mi cama con los niños, Céline, Perrin y Francha, y con los gatos, allí donde encontraron sitio. Fue todo gracias a Francha, quien se agarró a ella como la peste inexorable cuando se disponía a hacerse la cama en el granero de las monjas, hasta que yo intervine ofreciéndole lo que tenía.

No dormí demasiado, y me pareció que ella tampoco. Se pasó toda la noche acurrucada sobre su costado con Francha a su lado. Estuve escuchando los sonidos nocturnos de los niños, el ronroneo de los gatos y los ronquidos de Mamère Mondine desde su cama junto a la lumbre. Y también escuché el silencio de la dama. La ausencia de Claudel seguía resultándome dolorosa, y más aún aquella noche con una des-conocida ocupando su lugar. Intenté alcanzar su cálido aliento con la mano, como si un roce pudiera transformarla y convertirla en el que habría deseado ver allí. Al final cerré el puño reteniéndolo junto a mí, apreté bien los ojos y aguardé a que llegara el amanecer.

Llegó el amanecer, y se fue el día, y empezó otro amanecer, y Lys seguía con nosotros. El cielo, siempre tan azul, se estaba volviendo gris, y necesitábamos todas las manos posibles para recoger la cosecha antes de que aparecieran las lluvias. Incluso las mías, decía la madre Adèle observándome duramente mientras ocupaba mi lugar; pero yo le devolvía la mirada. Lys se colocó junto a mí y nadie dijo nada. Estábamos todos callados, día tras día, compitiendo en una carrera con la lluvia.

La última cebada entró en el granero en cuanto empezaron a caer las primeras gotas. Permanecimos en pie, tan fatigados y aturdidos por el final de aquella larga carrera que no podíamos más que contemplar nuestra obra. Entonces alguien sonrió, seguido de alguien más, y por fin todos lo hicimos. Lo habíamos conseguido entre todos, mujeres, niños y hombres demasiado viejos o débiles para luchar: habíamos recogido la cosecha de Sency-la-Forêt.

Aquella noche hicimos un banquete. La cocinera de la madre Adèle mató un buey y el resto de nosotros llevamos lo que teníamos o pudimos conseguir. Había carne para todos, una tarta con miel y manzanas de los huertos, e incluso un poco de vino. Nos sentamos en el comedor de las monjas, donde se oía caer la lluvia sobre el tejado, y comimos hasta la saciedad. El cojo de Bertrand trajo su caramillo y Raymonde su tambor, y Guillemette estuvo cantando con su voz de ruiseñor. Algunos de los más jóvenes se pusieron a bailar. Vi cómo Pierre Allard miraba a Guillemette; ya era lo suficientemente mayor para cuidar de sus propias ovejas, aunque la primavera pasada era aún demasiado joven para que se lo llevaran los hombres del conde. Pero había crecido durante el verano y ahora se fijaba en nuestra bonita tonta como si fuera un hombre de verdad.

Quizá bebí más vino del que me convenía. Empecé a bailar y la gente se puso a aplaudir a mi alrededor; aún tenía ritmo, y Pierre Allard, al ser ligero y ágil, pudo seguirme sin dificultad.

Debería haber sido Claudel quien bailara conmigo. No era una gran belleza, mi Claudel, ni mucho más alto que yo, pero bailaba como una hoja en el Bosque; también cantaba, y se reía de mí cuando abandonaba el baile dando vueltas, mareada y sin aliento. Pero no había nadie allí que fuera a tomarme en sus brazos y llevarme a una cama bajo el cielo o, como hubiera sido más probable en una noche como aquélla, al granero, entre las vacas, lejos de los niños, las preguntas y las miradas curiosas.

Me marché poco después de aquello, mientras proseguía el baile con gran animación. No cesaba de llover pero no hacía demasiado frío, y, aunque me empapé enseguida, era una sensación más bien agradable. Mis pies conocían el camino en la negra oscuridad, siguiendo el sendero a lo largo del muro del priorato hasta llegar al río, y luego hacia arriba hasta una sombra en la sombra y el olor de mi propio muladar. Había luz en el resquicio de la puerta: la luz de la lumbre, cubierta, pero aún sin tapar. Mamère Mondine daba cabezadas delante del fuego. Era ciega y casi sorda, pero sonrió cuando la besé en la frente.

-Jeanette -dijo-. La bella Jeanette. -Me dio una palmadita en la mano, que había apoyado sobre su hombro, y volvió a dormirse.

Los niños estaban acostados y dormidos. No había nadie mayor con ellos. Los ojos de Francha brillaban con la luz de la lámpara. Estaban hinchados y rojos, y sus mejillas cubiertas de lágrimas.

Empecé a hablarle. A decirle que Lys volvería y pronto estaría con ella, que seguía en el priorato. Pero no estaba segura de ello. Había comido con nosotros y estaba allí cuando los niños se marcharon juntos, protestando a gritos. Pero no la vi cuando empezó el baile y pensé, si es que pensé en algo, que había vuelto a casa antes que yo.

En la oscuridad y bajo la lluvia, era muy fácil que se extraviara un forastero. No vivíamos lejos del priorato, a una milla quizá, pero eso eran unos cuantos pasos, más que suficientes para perderse.

Nunca supe qué es lo que me hizo pensar en el Bosque; tal vez sus palabras a la madre Adèle, la imagen que tenía de ella al borde del Bosque o sencillamente el misterio que la envolvía. Me senté en la cama

intentando consolar a Francha, y en la oscuridad me vino a la memoria su rostro. Nosotros los de Sency teníamos historias sobre lo que vivía en el Bosque: animales tanto conocidos como extraños, sombras que no provenían de ningún ser vivo, caminos que serpenteaban adentrándose en lo más profundo del bosque, y que aun así terminaban donde habían empezado; y muy adentro, tras un muro de niebla y temor, un reino gobernado por un rey inmortal.

Intenté entrar en razón. ¿Qué me importaba a mí que hubiera llega-do una extraña desconocida, que hubiera recogido nuestra cosecha y se hubiera vuelto a marchar? Pero para Francha importaba demasiado, y eso no se lo podía perdonar. Fuese lo que fuese lo que había hecho que nuestra pobre niña muda se enamorara de esta forma de la dama, a Francha no le había hecho ningún bien, y sin duda sí mucho daño. Ahora no me dejaba que la tocara; se arrinconó al borde de la cama cuando yo me eché e intenté acercarla a mí y se acurrucó allí, por mucho que hice yo mientras procuraba no despertar a los demás. Al final me rendí y cerré los ojos. Estaba al borde de la cama y Francha pegada a la pared. Tendría que saltar por encima de mí para escapar.

En un momento dado me inquieté por Francha y, de repente, cacareó un gallo rojo; me levanté tambaleándome y empecé con torpeza las tareas matinales. Pero no había rastro de Lys. No tenía más ropa que la puesta y se la había llevado. Quizá nunca había estado allí en realidad.

Destapé el fuego, lo aticé y lo cebé con cuidado. Llené la olla y la colgué sobre las llamas. Ordeñé la vaca, y encontré dos huevos en el nido que la gallina negra estimaba tan bien escondido. Di de comer a los cerdos y le rasqué el lomo a la hembra más vieja, prometiéndole que pasaría un día en el bosque si llegaba a convencer a Bertrand de que la sacara con su propia piara. Le di a Mamère Mondine su bol de cereales calientes con un poco

de miel, y algo más a cada niño. Perrin y Céline se zamparon lo suyo y quisieron repetir, pero Francha no quería comer. Cuando intenté dárselos me tiró la cuchara de la mano, como había hecho cuando la acogí por primera vez. Los demás niños estaban encantados, al igual que los gatos, que se pusieron de inmediato a lamer la papilla de las paredes, la mesa y el suelo.

Suspiré y aparté la cuchara. El rostro de Francha era completamente hermético. Habría sido imposible razonar con ella aquel día o, como me temía, durante muchos días. Dentro de mí maldecía a aquella mujer que había llegado un día, había encantado a una pobre e indefensa niña v se había marchado sin decir una palabra. Y, si Francha enfermaba a causa de ello, si se consumía y moría... como podía muy bien sucederle, como casi le ocurrió antes de que yo la recogiera...

Volví a meter la papilla de cereales en el cazo. Les limpié la cara a los niños y las manos a Francha. Hice lo que tenía que hacer y, mientras tanto, mi indignación seguía creciendo.

La lluvia se había marchado con la noche. Las últimas nubes se desplazaron hacia el este y salió el sol, que calentó la tierra húmeda y levantó pilares y cortinas de neblina. Los trilladores empezarían pronto su tarea, como debía hacer yo.

Pero me quedé en el jardín de mi cocina mirando por encima del seto, y vi el muro gris y verde que formaba el Bosque. Uno de los gatos empezó a dar vueltas por mis tobillos. Lo cogí en brazos y se puso a ronronear.

- Sé adónde se fue la dama -dije-. Se fue al oeste. Dijo que lo ha-ría. Que Dios la proteja; nadie más lo hará, allí a donde ha ido.

La gata dejó de ronronear. Me arañó la mano con sus uñas, saltó al suelo y se fue corriendo al muladar.

Me escocía la mano y me la lamí. Céline salió apresuradamente de la casa, chillando en el mismo tono que estaba intentando quitarle a base de bofetadas:

-¡Francha está llorando otra vez, mamá! ¡Francha no para de llorar!

Lo que estaba pensando era una locura. Hubiera debido entrar, hacer todo lo posible por consolar a Francha, reunir a todos los niños e ir a trillar las mieses.

Me arrodillé en la tierra sucia, entre las varas de judías, y cogí a Céline por los hombros, quien dejó de chillar para mirarme.

- ¿Eres una niña mayor? -le pregunté.

Se puso bien erguida.

- Soy mayor -contestó-. Tú lo sabes, mamá.

-Entonces ¿puedes cuidar de Francha y de Perrin, y llevarlos a los dos a casa de la madre Adèle?

Frunció el entrecejo.

- ¿Tú no vienes también? -Demasiado lista era mi Céline.

-Yo tengo que hacer otra cosa -repuse-. ¿Puedes hacerlo, Céline, y decirle a la madre Adèle que volveré lo antes posible?

Contuve la respiración mientras Céline parecía reflexionar, y al final asintió.

- Llevaré a Perrin y a Francha a casa de la madre Adèle y le diré que volverás enseguida. Pero ¿luego podré ir a jugar con Jeannot?

- No -respondí, pero enseguida cedí-. Sí, vete a jugar con Jeannot; quédate con él hasta que vuelva. ¿Podrás hacer eso? Me miró totalmente disgustada.

-Claro que lo puedo hacer. Ya soy mayor.

Me mordí los labios para no reír. La besé una vez en cada mejilla por cada uno de los otros, y una vez en la frente por ella misma.

-Vete -le dije-. Date prisa.

Se fue y al poco tiempo los oí marcharse, mientras Perrin anunciaba a voces que iba a comer pasteles de miel con la madre Adèle. Me fui a la cocina y llené una servilleta con pan, queso y manzanas. Metí también un cuchillo, bien envuelto en la tela, y lo até todo a mi pañoleta. Mamère Mondine estaba dormida. Podía quedarse sola hasta la tarde, pero, si yo

tardaba más, la madre Adèle mandaría a alguien. La besé y posé mi mejilla sobre la suya, arrugada y seca. Ella suspiró sin despertarse. Me enderecé y volví al jardín de la cocina.

Nuestra casa es una de las últimas del pueblo. La estacada del jardín es parte de la empalizada del señor Arnaud, aunque la utilizamos para guiar judías y en ella tenemos una parra que sigue creciendo. Claudel abrió una puerta que habría podido causarnos problemas si el señor Arnaud la hubiera descubierto. Pero milord estaba muerto y sus herederos bien lejos, y nuestro pequeño postigo estaba bien oculto entre la parra por dentro y las zarzas por fuera.

Me escapé con alguno que otro arañazo, pero con mi dignidad intacta. Seguramente me impulsó a ello el vino que seguía en mi interior, mi indignación por lo sucedido con Francha, y quizá también una sincera preocupación por Lys. Después de todo había sido mi huésped y, si algo le ocurriese, la culpa recaería sobre mí.

No había salido de la empalizada, salvo para ir a los campos, desde que se había marchado Claudel. Quería que me diera el sol en la cara, que no hubiera niños tirándome de la falda y alejarme del recuerdo de la peste. El lugar adonde iba me asustaba, naturalmente; el Bosque había sido algo horrible desde mi primera infancia. Pero era difícil sentirse realmente aterrorizada, siguiendo el sendero bajo los primeros árboles, cuando el sol lanzaba largos haces de luz, el viento murmuraba entre las hojas y los pájaros cantaban con dulzura y sin temor. El camino estaba cubierto de moho y en el aire se respiraba un aroma a verdor, a plantas enriquecidas por la lluvia. Encontré un pequeño campo lleno de champiñones y fui cogiendo tantos como cabían en mi delantal, mientras seguía avanzando con rapidez, sin entretenerme demasiado.

Para entonces Sency había quedado muy atrás y no se veían más que árboles. El camino, ni más ancho ni más estrecho que antes, serpenteaba entre ellos. Empecé a preguntarme si no debería haber ido a buscar al perro de los Allard. Aunque tenía compañía: me seguía la gata a rayas, lo que me confortaba más de lo que hubiera imaginado.

Las dos seguimos avanzando. El aroma a champiñones me envolvía como un conjuro para ahuyentar a los demonios. Me eché a reír al pensar en ello y mi voz se perdió entre los árboles: hayas tornándose de oro con el otoño, robles de bronce, fresnos con sus hojas como plumas, o matorrales cubiertos de espinas. Los pájaros seguían cantan-do, pero reinaba una enorme paz a mi alrededor.

Ahora la gata caminaba delante de mí, con la cola hacia arriba y elegantemente curvada. No parecía que fuera la primera vez que tomaba ese camino.

Yo va había estado allí, muchísimos años atrás. Había caminado como caminaba ahora pero sin la protección de los champiñones y santiguándome, si bien lo recuerdo, en cada recodo del sendero. Me había encontrado con aquella última cuesta, súbitamente empinada, y, tras pasar el matorral -pudo haber sido un seto- de espinas, había llega-do hasta el espacio soleado. Entonces me deslumbró tanto como me deslumbraba ahora, con toda aquella luz después de la oscuridad ver-de. Tuve que pestañear para acostumbrar la vista.

La capilla estaba como la última vez que la había visto: dos paredes en pie, otra medio destruida, los restos de un pórtico y el arco de una puerta con sus figuras esculpidas, aunque muy desdibujadas por los años y el clima. El lado superior de la cruz estaba muy deteriorado. La Virgen sentada bajo la cruz había perdido su mano alzada, pero el Niño dormía como siempre en su regazo, y la sonrisa de la Virgen, a pesar de estar tan desgastada, era dulce.

Me santigüé frente a ella. Ningún demonio aleteaba chillando por el techo destruido. Nada se movía en absoluto, excepto la gata, que avanzó sigilosamente por el pórtico antes de desaparecer en la capilla.

Mis manos estaban frías y me cambié el fardel de mano. Tenía hambre, de repente, lo que me dio ganas de reír, o quizá de llorar. Mi estómago llevaba su propio ritmo; ni el miedo ni la rabia le importaban en absoluto.

Pero pronto comería. Me armé de valor y crucé el arco, agachando la cabeza aunque me sobrara espacio: éste era un lugar sagrado, aun-que tal vez no lo fuera para el Dios que yo conocía.

El suelo había tenido su atractivo en su tiempo, pero ahora estaba deslustrado y roto. El altar se había derrumbado. La pila estaba entera pero desdibujada como las esculturas de la entrada, y en su interior caía un chorro de agua que manaba de la pared. Era una pila extraña en sí, el tocón de un gran árbol -un roble, según los relatos- revestido de un plomo que había perdido su lustre hacía tiempo y grabado con unas cruces. Ahí el techo estaba casi intacto y resguardaba de la lluvia; sin él la vieja madera se habría convertido en polvo años atrás.

Ella estaba arrodillada sobre el canto de la pila, con sus blancas ma-nos aferradas a él y la cabeza inclinada hacia abajo. Yo no podía ver el agua ni deseaba verla. La oía a ella, aunque hablaba en una lengua que yo desconocía. Su tono denotaba un gran pesar, una auténtica y sofocada desesperación. Suplicaba con tanta vehemencia que avancé tambaleándome, con la mano extendida. Pero me detuve antes de tocarla. Si estaba invocando a su amante, lo estaba llamando de entre los muertos.

Me estremecí. No hice ningún ruido, pero ella se sobresaltó y se giró. Su rostro estaba tan blanco como la muerte. Sus ojos...

Los cerró. Su cuerpo se fue serenando lentamente. No parecía sor-prendida ni enfadada, sino tan sólo cansada.

-Jeannette...

-Te fuiste -dije-. Francha estuvo llorando toda la noche.

Se puso tensa.

-Tenía que irme.

-¿Aquí?

Miró a su alrededor. Quizá se habría reído de haber tenido fuerzas.

-Tenía que estar aquí antes -explicó-. Ahora parece que será el último, siempre, y nunca.

La miré. Ella negó con la cabeza.

- No me entiendes. ¿Cómo ibas a entenderme?

- Puedo intentarlo -repuse-. No soy una dama, de eso no cabe duda, pero soy bastante lista para ser hija de campesino.

- Claro que lo eres. -Parecía sorprendida, como si yo lo dudara pero no ella-. Muy bien, te lo diré. El no quiere que vuelva.

-¿El?

-El -respondió Lys, señalando el interior de la pila. No había nada en ella más que agua. Ningún rostro, ninguna imagen de algún posible amante-. Mi señor del Bosque. El rey frío.

Me estremecí.

-Aquí no lo mencionamos.

- Eso es muy sensato -dijo Lys.

-¿No te deja pasar? Entonces da la vuelta -repliqué-. Vete hacia el sur, como te dijo la madre Adèle. Es bastante largo el camino, pero es seguro y te conduce al oeste.

- No quiero dar la vuelta -contestó Lys-. Quiero entrar.

- Estás loca.

- Sí -asintió-. No me deja entrar. ¿Sabes?, estuve caminando. Llegué más allá de este lugar. Fui a donde los árboles son viejos, viejos, y donde apenas aparece el sol, incluso en pleno mediodía. Poco a poco se fueron cerrando frente a mí, hasta que por fin no pude proseguir. «Márchate», me dijeron los árboles. «Márchate y déjanos.»

-Fuiste prudente al hacerlo -opiné.

- Insensata -me corrigió-, y prudente. -Sonrió con la boca torcida-. Oh, sí. Entonces volví a este lugar, que es como la entrada vigilada del Bosque. Y él me habló en el agua. «Vete», dijo, como habían hecho los árboles. Me reí de él. ¿Acaso no tenía mejores palabras que ofrecerme? «Sólo esto», dijo. «El camino está cerrado. Si lo abrieras, si lo consigues, entonces podrás seguir. No soy yo el que debe hacerlo.»

La miré. Estaba más delgada que nunca y el peso de su vientre la arrastraba hacia abajo.

- ¿Por qué? -pregunté-. ¿Por qué quieres entrar? Allí es la locura. Todas las historias lo cuentan.

-Así es -asintió Lys-. Por eso me marché.

Hubo un silencio.

-No pareces un demonio -comenté-. Ni secuaz de un demonio. Se rió. Era un sonido dulce y horrible a la vez.

-Pero, mi buena mujer, lo soy. Soy todo aquello que es negro y terrible.

-Te vas a caer si sigues ahí. -La rodeé con mis brazos antes de que sucediera y la senté sobre el canto de la pila. No pude evitar mirar el agua. Seguía siendo sólo agua.

»Vamos a descansar -sugerí-. Yo lo necesito. Y a comer, que tengo hambre. Luego volveremos a Sency.

-Yo no -replicó Lys.

No le hice caso. Desaté mi pañuelo, saqué lo que tenía y añadí también un puñado de champiñones, prometiéndome que me detendría al volver y llenaría de nuevo mi delantal. Para beber no había más que agua, pero era suficiente. Lys no bebió de la pila sino de la fuente que caía sobre ella, y yo hice lo mismo. La gata vino a compartir el queso y uno o dos pedazos de pan, pero rechazó los champiñones.

- Mejor, más para nosotras -le dije-. Movió el rabo y se fue en busca de una presa mejor.

Comimos sin hablar. Lys tenía hambre; comía de una forma tan delicada y fiera como un gato. Yo pensaba en una gata al mirarla, en una gata blanca que evitaba mirarme a los ojos.

Cuando terminamos junté todas las migas en mi delantal, salí al pórtico y las esparcí para los pájaros. Entonces entorné los ojos mirando al sol. Debía de ser algo después del mediodía, aunque yo había pensado que era más tarde.

Lys vino tras de mí. No hacía ruido al andar pero noté su fría sombra, que me hizo temblar.

- Hay otra razón -dijo-, por la que debo quedarme y tú debes marcharte. Mi señor, el que está muerto, tenía un hermano. El vive y me persigue.

Me giré para mirarla a la cara.

-Me quiere por lo que soy -explicó-, y por lo que cree que le puedo ofrecer. Quizá por mí misma también, un poco. Lo engañé en Rouen: me corté el pelo, me puse un hábito de monja y salí tranquila-mente con el séquito de la abadesa. Debe de haberse enterado de ello hace tiempo, y ya habrá empezado a buscarme.

Me encogí de hombros.

- ¿Qué es un solo hombre en toda Normandía, o una sola mujer? Lo más probable es que nunca te encuentre.

-Me encontrará -aseguró Lys con una certeza moderada.

-Pues deja que te encuentre. -Me sacudí la falda por última vez y bajé del pórtico.

No estaba nada segura de que me seguiría, pero cuando llegué a los árboles se encontraba detrás de mí.

-Tú no sabes quién es. Vendrá armado, Jeannette, y acompañado de sus hombres.

Eso me dio que pensar, pero no permití que se percatara de ello.

Tenemos muros -contesté-. Si viene. Aunque es mejor que te encuentre allí que en una capilla en ruinas, llamando a una puerta que permanece completamente cerrada.

- Los muros se pueden romper -objetó Lys.

- ¿Y las puertas?

No respondió a aquello, ni tampoco se marchó. Después de un momento, hizo la pregunta:

- ¿Por qué?

- Eres mi huésped -repuse.

- Ni siquiera me despedí de ti.

- ¿Qué tiene eso que ver con esto?

Empezó a hablar, se detuvo y empezó de nuevo, con una sola palabra: -Francha.

- Francha. -Dejé que se notara un poco mi enfado-. Dios sabe por qué, Dios sabe cómo,

pero ha decidido que te pertenece. Tú te marchaste y la abandonaste. Su madre está muerta y su padre murió encima de ella; la encontramos así, tan muda como es ahora, mientras él empezaba a descomponerse. -No podía verla, para ver si se estremecía. Esperaba que lo hiciera-. La llevé a casa, la traté con cariño para que comiera, para que se enfrentara al mundo, para que viviera. Entonces llegaste tú. Centró toda su persona en ti. Y la abandonaste.

- No tenía elección.

-Claro que la tenías -repliqué-. Debiste saber que el camino esta-ría cerrado. El te exilió, ¿no? Tu rey frío.

-Yo misma me exilié.

Su voz estaba llena de orgullo. Yo resollé al oír esto.

-Te creo, ¿sabes?, cuando dices que eres una de ellos. Tan sólo alguien desalmado podría hacer lo que le hiciste a Francha.

- ¿Acaso volvería alguien desalmado? ¿Admitiría que se equivocó?

- ¿Has hecho alguna de estas dos cosas?

Me cogió de la manga y me sacudió. Era fuerte; sus dedos se clavaban con crueldad en mi brazo. Me miró a la cara, furiosa.

Yo le devolví la mirada. No tenía miedo, en absoluto, ni siquiera cuando vi cómo era en realidad. ¿Una gata, había pensado allí en la capilla? Si, una gata, con ojos de gata, y absolutamente nada humano en ella.

Excepto su voz, ruda y áspera por la ira.

-Ahora lo ves. Ahora lo sabes.

Me santigüé, para sentirme segura. Ella no se desvaneció en una nube de humo, aunque la verdad es que yo no esperaba que lo hiciera. Llevaba una cruz en el cuello, que relucía bajo su traje.

- Así que son verdad -dije-, las historias.

- Algunas de ellas. -Me soltó-. Eso es lo que quiere, mi señor Giscard. Quiere al niño que llevo dentro, ya que cree que portará buena fortuna a su hogar.

-Entonces quizá deberías enfrentarte a él -sugerí-, e invocar a los rayos para que caigan sobre él.

Parecía tan turbada como si yo misma le hubiera hecho eso.

- ¡Ese es el pecado! ¿Cómo puedes hablar de ello de esa forma? -¿Pecado? -pregunté-. ¿Entre los desalmados del Bosque?

- Somos tan cristianos como vosotros -replicó.

Aquello era tan improbable que sólo podía ser cierto. Le di la espalda -no sin sentir una punzada en la nuca- y proseguí mi camino. Al cabo de un rato me siguió.

II

Cuando terminó la trilla y se llenaron los graneros, cuando las manzanas se prensaron para hacer sidra y mi magnífica parra solitaria dio sus frutos que se secaron al sol, y cuando todo Sency se preparaba para el invierno, un grupo de hombres llegó a caballo hasta nuestra puerta. Los habíamos estado esperando, Lys, yo y la madre Adèle, desde que empezaron a caer las hojas. Había siempre un niño vigilando la puerta, que atrancábamos por las noches. Armas no teníamos, salvo nuestras guadañas y podaderas, y una antigua espada oxidada que la viuda del herrero había encontrado en la herrería.

Pierre Allard estaba en la puerta el día en que llegó el señor Giscard. Céline le hacía compañía, como tantas otras veces, y fue ella la que vino a buscarme a toda prisa.

Yo ya casi había llegado. Todo aquel día Lys había estado tan nerviosa como un gato. De repente, mientras estaba remendando la blusa de Francha, se levantó y salió corriendo. La

alcancé junto al pozo. Estaba de pie, rígida y con la mirada fija, con la aguja todavía en una mano y la blusa colgándole de la otra. La tuve que sacudir con fuerza.

Volvió en sí, un poco.

- Si me ve -dijo-, si sabe que estoy aquí...

- ¿Qué? -exclamé-. ¿Acaso eres una cobarde?

- ¡No! -Me miró indignada; otra vez era la verdadera Lys, vulnerable y orgullosa como nunca-. Soy cobarde por ti. Quemará todo el pueblo por haberme acogido.

-No, si no le decimos nada al respecto.

Me arremangué la falda v subí hasta lo alto de la puerta. Pierre estaba allí arriba y también la madre Adèle, venida de quién sabe dónde. Estábamos bastante lejos del priorato, y apenas jadeaba. Me fijé que llevaba su mejor griñón y una lujosa cruz. El sol lanzaba destellos sobre las piedras, blancos y rojos, y uno tan verde como la hierba fresca. A mí me saludó de mala gana y a Lys con la cabeza, sin dejar de observar a los hombres que había abajo.

Era una compañía bastante atractiva, parecida a la que se había llevado a Claudel: hombres con cotas de mallas grises y llamativas sobrevestes, y uno con una bandera, roja como la sangre, con algo dora-do encima.

-León rampante -murmuró Lys, que seguía en la escalera de la empalizada. Apenas podía ver la bandera, pero sabía lo que era-. Escudo de Montsalvat.

El lord llevaba cota de mallas, como sus hombres. Lo seguía una mula con lo que supuse que era su armadura. Iba montado en un gran caballo rojo y me pareció que él también era alto. Yo estaba de pie sobre la puerta y sin embargo no me encontraba muy por encima de él. Cuando levantó la cabeza hacia mí me sorprendió ver su rostro después de todo lo que había oído. Era mucho más joven de lo que esperaba e iba bien afeitado, aunque tampoco debía de tener mucha barba, pensé. Su cabello era rubio como la cebada.

Me sonrió, mostrando sus dientes blancos y casi perfectos y mirándome con sus cándidos ojos azules.

- ¡He aquí un apuesto guardián! -dijo riéndose, haciendo una reverencia desde su alta silla-. Bella dama, ¿tendríais compasión de unos pobres viajeros permitiéndoles la entrada en vuestra hacienda?

La madre Adèle resopló.

- Preferiría dejar entrar a un toro donde hay vacas. ¿Están aquí para llevarse a los pocos hombres que nos quedan? ¿O nos creerán si les decimos que los hemos perdido a todos?

-Eso no ha sido muy prudente -opinó Lys, que seguía detrás de la puerta, en la escalera.

-Deja que eso lo juzgue yo -replicó la madre Adèle sin girarse. Apoyó los brazos sobre la empalizada y se asomó, como una buena esposa asomada a su ventana-. Ese no es un emblema de por aquí -dilo señalando la bandera con la cabeza-. ¿Qué interés tiene Montsalvat en la pobre Sency?

- Pues, ninguno -repuso el milord, que seguía sonriendo-. Ni en vuestros hombres tampoco, señora reverenda. Estamos buscando a uno de los nuestros que se perdió. Quizá la hayáis visto... Al parecer está viajando en peregrinación.

-Vemos a algún peregrino de vez en cuando -contestó la madre Adèle-. ¿Se trata de una mujer mayor con un niño que cuida de ella, un pequeño perro y una mula blanca y gorda?

Me esforcé por no reír. El milord Giscard (ya que era él, sin lugar a dudas), parpadeó con sus grandes ojos azules, pareciendo un perfecto idiota.

- No, señora, nada tan memorable. Es joven, nuestra prima, v va sola. -Bajó la voz-. Y no..., no muy... Usted ya me entiende. Era la amante de mi hermano, ¿sabe? El murió, y ella enloqueció de tristeza y se escapó.

-Pobrecilla -se condolió la madre Adèle. A su voz le faltaba algo de compasión.

-Oh -exclamó él y, aunque no derramara una lágrima, lloró de forma bastante convincente con la voz-. ¡Oh, pobre Lys! Estaba llena de terribles fantasías. Tuvimos que atarla para que no se lastimara. Pero eso sólo hizo que empeorara. Apenas acabábamos de soltarla cuando huyó.

-Es muy loable -dijo la madre Adèle- que os preocupéis tanto de la mujer de vuestro hermano como para cruzar toda Normandía en su busca. A no ser que se llevara algunas de las joyas de la familia.

Lys protestó detrás de mí, pero la madre Adèle no se dio cuenta. Milord Giscard negó con la cabeza.

- ¡No, no, claro que no! Su entendimiento fue todo lo que perdimos, y eso era suyo desde un principio.

- Entonces ¿por qué la quieren encontrar? -preguntó la madre Adèle.

El entornó los ojos. Así no parecía tan atractivo, ni tan tonto.

- Entonces ¿está aquí?

- Sí, estoy aquí. -Lys apareció detrás de mí. Había perdido algo de su delgadez viviendo con nosotras pero su finura no se veía afectada por el peso del bebé. Noté que lo mecía con las manos, detrás de la empalizada, donde él no podía verla. Lys lo miró a la cara con desprecio. Por un momento pensé que le iba a escupir.

»¿Dónde estabas? Te busqué en septiembre y ahora estamos casi en noviembre.

El parecía algo desconcertado, pero respondió bastante rápido.

- Hubo problemas en el camino -explicó-. Ingleses, y normandos cabalgando con ellos.

-Tú ganaste -dijo ella. No era una pregunta.

- Lo solucionamos negociando. -La contempló-. Tienes buen aspecto.

- Estoy bien -afirmó ella.

-¿Y el bebé?

- Bien.

Entonces noté un fuerte deseo en él, un oscuro anhelo que estaba reñido con su rostro, tanto que cerré los ojos para no verlo. Cuando los abrí de nuevo había desaparecido. Estaba sonriendo.

-Eso son buenas noticias, milady, muy buenas noticias. -No es para ti -replicó Lys, dura, fría e impasible.

-Si es un niño, es un heredero para Montsalvat.

-Es una niña -aseguró Lys-. Lo sabes tan bien como yo. El no se movió, pero sus hombres se santiguaron.

- Aun así -dijo-. Yo también quería a mi hermano. ¿No deseas compartir lo que queda de él?

-Tú tienes sus huesos -repuso Lys-, y su tumba en Montsalvat.

-Creo -dijo la madre Adèle interrumpiendo esta tierna y deplorable conversación- que sería mejor hablar de todo ello entre muros. Pero no -agregó, mientras surgía la esperanza en el rostro de milord los de Sency. El priorato de St. Agnès puede alojar a un huésped noble. Id allí y nosotras os seguiremos.

El hizo una reverencia y obedeció. Abandonamos la puerta, pero la madre Adèle no se marchó de inmediato a St. Agnès. Había acudido gente a ver qué sucedía y los mandó a hacer recados que les había encargado hacía tiempo, como reforzar los muros, hacer entrar a los animales que se habían quedado fuera y, en definitiva, preparar Sency ante cualquier posible ataque.

-No es que espere una batalla -explicó-, pero con esta nobleza nunca se sabe. Ven -dijo dirigiéndose a mí. No era necesario que se lo dijera a Lys. La dama iría, se lo ordenaran o no: estaba escrito en todo su ser.

También estaba escrito en Francha, quien nunca se alejaba de ella. Pero Lys tomó el rostro de la niña en sus largas manos blancas y le dijo:

-Vete y espérame. Ya volveré.

Nunca hubiera pensado que Francha se fiaría de ella, y sin embargo lo hizo. Asintió con la cabeza, con mucha seriedad, sin el menor indicio de protesta. Tan sólo aceptación y adoración.

No ocurrió lo mismo con Céline. Al final la convencí mencionan-do a Pierre, y a él

prometiéndole una tarta de pasas si la llevaba a casa y se quedaban allí.

La madre Adèle se dirigió al priorato con paso enérgico, sin dejar-me tiempo para ocuparme de mi pañoleta deshilachada, de las manchas que había en el dobladillo de mi falda, ni de mis pies descalzos. ¡Por supuesto milord tenía que haber llegado cuando me disponía a limpiar la pocilga!

Lys nos detuvo en la entrada del priorato y se puso frente a nosotras. Los hombres habían entrado ya; podíamos oír el ruido de las herraduras de los caballos que relinchaban y unas voces profundas silenciadas en el patio del claustro. Lys habló en voz baja pero con la misma irritabilidad que había mostrado con el señor Giscard.

-¿Por qué?

La madre Adèle alzó las cejas.

Lys parecía estar a punto de sacudirla.

-¿Por qué hacéis tanto por mí?

- Eres nuestra huésped -repuso la madre Adèle.

Lys inclinó la cabeza hacia atrás. Pensé que se iba a reír o a gritar. Pero no hizo ninguna de estas dos cosas, sino que dijo:

- Esto va más allá de la simple hospitalidad, el arriesgarse a tener una guerra por mi.

- No habrá guerra -aseguró la madre Adèle-. A no ser que seas lo bastante tonta como para empezar una. -Apartó suavemente a la dama con el brazo y le hizo una señal con la cabeza a la hermana portera, quien parecía que iba a estallar de la emoción por todo aquello. Y por fin entramos.

Milord Giscard tuvo tiempo de hacer todo lo conveniente: comer, descansar y lavarse si lo deseaba. Optó por las tres cosas mientras nosotras esperábamos, y deseé más que nunca haber pasado por casa para cambiarme de atuendo. Cepillé el que llevaba y una de las hermanas me prestó una pañoleta nueva. Cuando él apareció por fin, yo estaba lo más presentable posible.

El salón de la madre Adèle era un lugar imponente, largo y ancho, con un techo abovedado cubierto de relieves, pinturas y una capa do-rada, y con una gran chimenea de piedra. No era su sala preferida para trabajar, ya que para ello utilizaba el pequeño cuarto junto a su celda, prácticamente vacío, sencillo y nada pretencioso, como ella misma. Este salón era para impresionar a los forasteros, y a los amigos también. Yo apenas sabía qué hacer en el sillón que me dio, tan grande, adornado por todas partes y con un cojín que debía de ser de pura seda; era sumamente suave, como la oreja de un gatito. Por lo menos me permitía posar cómodamente los pies, aunque me arrepentí de ello cuando la sirvienta hizo pasar a milord, y tuve que desenmarañarme, levantarme e intentar hacer una reverencia sin caerme. Lys y la madre Adèle se sentaron en cuanto lo hizo milord, lo que significaba que yo también me podía sentar: tiesa como un palo esta vez.

El se encontraba a gusto, por supuesto. Sabía de sillones y techos dorados. Me sonrió (no había duda: yo estaba a su lado, por lo que tuvo que girar la cara), y noté cómo me ardían las mejillas.

-A esta dama ya la conozco -dijo, mirando hacia Lys-. ¿Y vos, reverenda priora? ¿Y esta encantadora señorita?

Aquello calmó mi rubor. Yo era cualquier cosa menos encantadora.

-Yo soy la madre Adèle -respondió-, y ésta es Jeannette Laclos de Sency. Usted es Giscard de Montsalvat, de la otra punta de Normandía, ¿y dice que desea reclamar a nuestra huésped?

Esto lo cogió totalmente de sorpresa. Quizá no estuviera acostumbrado a que le hablaran de una forma tan directa en las cortes de don-de venía. Pero era ingenioso y se expresaba con facilidad.

-No reclamo más que lo que ya he dicho. Era la amante de mi hermano y espera su hijo. El quería que fuera reconocido. Antes de morir me ordenó que hiciera todo lo posible de su

parte.

-¿Por un fruto bastardo? -replicó la madre Adèle-. Pensé que se alegrarían de no volverla a ver. ¿No era vuestro hermano el mayor? ¿Y no sería su hijo su heredero, si fuera un niño, y ella una esposa?

-Nunca se habría casado con él -repuso el señor Giscard-. Era lo bastante noble, decía ella, pero exiliada y sin dote.

- Entonces con más razón deberíais dejarla marchar. ¿Por qué la perseguís? Decís que no es una ladrona. ¿Qué tiene entonces que os pueda interesar?

El se miró sus elegantes y finos zapatos. Quizá todo esto no estuviera previsto. Sentí una cierta tensión en el estómago mientras lo miraba. Este tipo de hombres -grandes y bellos animales que no habían conocido un solo momento de sed o hambre salvo cuando ellos mismos lo escogían, durante una guerra o una persecución; que nunca habían sido contrariados en nada ni sabían qué hacer cuando les sucedía-, ese tipo de hombres eran peligrosos. Conocí a uno de ellos en el bosque antes de casarme con Claudel, y por ello Céline era una niña rubia, como el normando que la engendró. Un normando muy parecido a éste, aunque no tan atractivo. Fue tierno a su manera, pero me deseaba y tomó lo que deseaba. Nunca me preguntó mi nombre y yo nunca le pregunté el suyo.

Este lo había preguntado. Ello me conmovió, más de lo que hubiera querido admitir. Por supuesto a él no le importaba. Tan sólo pretendía conocer a sus adversarios. Si hubiéramos estado los dos bajo los árboles mientras le ardía la sangre, los nombres no habrían tenido importancia.

Lys se puso a hablar, lo que logró sobresaltarme. Estaba muy metida en mí misma.

- Me quiere a mí -dijo-. En parte por mi belleza, pero sobre todo por lo que cree que le puedo ofrecer.

El señor Giscard sonrió con su sonrisa fácil.

- O sea que me estás tentando. Nunca cometería un pecado tan grave como el de desear a la mujer de mi hermano. Eso es incesto, prohibido por la sagrada Iglesia. -Se santiguó con devoción-. No, madre Adèle, por bella que sea, le hice un juramento a mi hermano.

- Me prometiste que me dejarías marchar -agregó Lys.

- ¡Pobre mujer! Estabas sumida en el dolor. ¿Qué podía hacer yo sino asentir ante todo lo que decías? Te pido perdón por mi mentira. Estimé, de verdad, que era necesario. Nunca pretendí echarte.

-Nunca pretendiste dejarme en libertad.

-¿Tanto lo odias? -preguntó la madre Adèle.

Lys la miró, y luego a él, que seguía sonriendo. Apuesto, oh, tan apuesto, con los reflejos del sol sobre su brillante cabello y el fulgor de sus blancos dientes.

- Aymeric nunca fue tan atractivo -dijo Lys-. Le fue todo concedido a su hermano. El era un hombre pequeño de boca grande y piernas arqueadas, tan moreno como un sarraceno, de ojos feos y dientes feos v sin ningún atractivo. Excepto -dijo- que lo era. Al verlo entrar en una sala, uno pensaba: «¡Qué hombre más feo!». Pero entonces él sonreía y nada tenía importancia salvo que era feliz. Todos lo que-rían. Incluso sus enemigos lo odiaban con un sincero respeto y lo ad-miraban profundamente. Al principio yo era su enemiga. Era una criatura dura, orgullosa y cruel, exiliada voluntariamente de mi propio país, que había jurado abrirme camino en la vida yo misma, sola, sin nadie más. El..., él quiso protegerme. «Eres una mujer», dijo, como si aquélla fuera la única razón que necesitara.

»Lo odiaba por eso. Estaba tan seguro de sí mismo, era tan insoportable, un simple mortal frente a todo lo que yo era y había sido. Pero él no cedía por mucho que hiciera yo, y al final, como todos los de-más, sucumbí a su encanto.

- O él sucumbió al tuyo -acotó el señor Giscard-. Desde el momento en que te vio, estuvo hechizado.

- Eso fue por mi rostro -repuso Lys-, y nada más. Lo demás fue creciendo a medida que yo me resistía a él. Le encantaba luchar, a Aymeric. Nunca nos rendimos, ninguno de los dos.

Hasta el día en que murió estuvo dispuesto a protegerme, y yo a resistirme a él.

El señor Giscard sonrió, triunfante.

-¡Lo ve! -le dijo a la madre Adèle-. Se sigue resistiendo. Y, sin embargo, ¿acaso no soy su único pariente en el mundo? ¿Y acaso no me la confió mi hermano? ¿No debo llevar a cabo la promesa que le hice mientras moría?

- Ella no quiere eso -señaló la madre Adèle.

- ¡Ah! -exclamó el señor Giscard-. Mujeres encintas, ya sabe usted cómo son. Está muy alterada y afligida, como es natural. Pero debería pensar también en el bebé y en los deseos de su amante. El nunca le habría permitido recorrer toda Normandía a pie buscando Dios sabe qué.

-Buscando a mis familiares -lo corrigió Lys-. Tengo familia, Giscard. Uno de ellos es incluso un rey.

- ¿Cómo? ¿El rey mágico? -Giscard negó con la cabeza-. Madre Adèle, ¿podréis creerlo? Dice que es la hija del rey de los elfos.

- Soy la hija de su hermano -afirmó Lys. Y lo parecía en ese momento, con su blanco rostro salvaje-. No las puedes escandalizar con eso, Giscard, ni intentar demostrar que estoy loca. Ellas lo saben. Vi-ven junto a su Bosque.

El se inclinó hacia adelante en su sillón. Se había desvanecido todo su atractivo, todo su dulce y falso semblante. Era tan duro, frío y cruel como ella.

-Bueno. Muy bien, Alys, cuéntales el resto -la apremió-. Cuéntales qué hiciste para que mi hermano te amara tanto.

- ¿El qué? ¿Que era su prostituta?

La miré y me estremecí. No, él no podía ser tan duro, ni tan frío, ni tan cruel; era un ser humano. Ella...

Ella se puso a reír.

- Eso sería algo evidente hasta para un ciego, y ellas no lo son. Ni ciegas, ni tontas.

- ¿Saben qué más eres? -Casi se puso en pie-. ¿Eso lo saben?

- ¿Cómo podrían no saberlo -replicó-, sabiendo quién es mi familia?

- Eso si te creen. Si no están sólo complaciendo a una loca.

-Nosotras la creemos -declaró la madre Adèle-. ¿Es eso lo que quiere, quemarla por bruja?

El se santiguó.

- ¡Dios santo, no!

- No -dijo Lys-. Quiere utilizarme, por lo que cree que soy. Por lo que cree que puedo hacer.

- Por lo que puedes hacer -especificó él-. Yo te vi. En la cima de la montaña, por la noche, con estrellas en tu pelo, bailando; y la luna bajó y bailó a tu lado. Y él miraba y aplaudía como un niño. -Le cambió la expresión-. Yo no habría sido tan ingenuo. Te habría manejado como una espada.

Lys había perdido el habla. La madre Adèle intervino duramente mientras ella permanecía en silencio.

-Comprendo -dijo- por qué ella se niega a consentirlo. Las mujeres ya están bastante castigadas por la naturaleza, al ser débiles y frágiles, como dicen todos los hombres sabios. Y hechas, se dice, para ser utilizadas por los hombres y poco más. A veces no lo aceptan de buen grado, y estoy segura de que es un defecto en ellas.

-Pero es un defecto que se puede reparar -replicó el señor Giscard-. Una mano firme, un toque de espuela y también algo de ternura. Eso es lo que necesita una mujer así.

- Funciona con las yeguas -contestó la madre Adèle. Se levantó. Nunca la había visto como entonces; parecía a la vez más alta y más pequeña de lo que era en realidad. Más pequeña, por lo alto que era él. Y más alta porque consiguió, de una u otra forma, dominarlo-. Reflexionaremos en lo que habéis dicho. Entretanto sed bienvenido en nuestro priorato. Pero os rogamos, si sois tan amable, que os abstengáis de visitar el pueblo. Ha habido

enfermedades y todavía no han terminado del todo.

El asintió rápidamente, tan rápidamente de hecho que tuve que con-tenerme para no reír. No era necesario que supiera que se trataba de una fiebre otoñal que afectaba a los niños y no suponía peligro alguno salvo para los más débiles. El término enfermedad, aquel año, se refería claramente a la peste.

- Eso le parará los pies durante un tiempo -aseguró la madre Adèle cuando volvimos a estar a salvo: dentro de los muros de Sency, bajo mi nuevo techo de paja. La gente que pasaba por allí habría podido levantar una esquina del tejado y mirar dentro, pero ello no me asustaba. La mayoría estaban cenando en sus propias casas o bebiendo en la taberna.

Habíamos terminado nuestra cena, enriquecida con carne de una oveja del priorato. La cara de Perrin brillaba por la grasa e incluso Francha, por una vez, había comido lo suficiente para mantener vivo a un pájaro. Estaba acurrucada en el regazo de la dama, chupándose el pulgar y medio dormida, mientras pensábamos qué hacer.

- No se acercará a donde hay enfermedad -dijo la madre Adèle-, pero dudo que se vaya. Te quiere realmente.

Lys hizo una mueca con la boca.

-Quiere mi brujería, ni más ni menos. No le importa que mi cuerpo esté incluido, pero lo que quiere son mis poderes o lo que se imagina que son mis poderes.

- ¿Por qué? -pregunté-. ¿Para convertirse en señor de Normandía?

-Oh, no -repuso Lys-. Nunca aspiraría tan alto. Sólo para ser un lord más influyente en Montsalvat. Tan sólo eso. Si más tarde debiera convertirse en algo más, si su buen ángel le proporcionara una gloria mayor, entonces, ¿sería sensato rechazarlo?

- Lo quemarían por ello -sentenció la madre Adèle-, y a ti con él. Ahora no son muy amables con las brujas.

- ¿Acaso lo fueron alguna vez? -Lys acarició los cabellos de Francha con los dedos, desenredándolo-. Es peor en el sur, en Provenza, donde la Inquisición sigue persiguiendo a los herejes. Pero el norte es apenas más acogedor con seres como yo.

- Nosotras somos norteñas -le recordé.

Me miró, y fue como el roce de un cuchillo.

-Vosotras vivís al borde del Bosque. Eso os hace diferentes. Me encogí de hombros.

-Yo no me siento diferente. ¿Es cierto lo que cuenta la historia, de que vuestro rey fue un rey mortal alguna vez en el reino de occidente?

- Nunca fue mortal -contestó-. Fue el rey de hombres mortales, eso es cierto, durante cien años y más. Pero al final se marchó. No era muy reconfortante para su pueblo el ser gobernado por alguien que no podía envejecer ni morir.

- Ni debía de serlo para él tampoco -acotó la madre Adèle- ver-los envejecer y morir. Y, cuando Lys la miró sorprendida, con los ojos bien abiertos, añadió-: No, no soy más sabia de lo que debería. Leí un libro, eso es todo. Quería conocer esas historias. Dicen que hizo un juramento de que se metería bajo los árboles y no saldría jamás, por lo menos no en esta era del mundo.

-Y no lo hará -corroboró Lys con amargura-. Ni ninguno de los que se fueron con él, ni los que nacieron después. Es un reino más grande de lo que podáis imaginar, del que este mundo no es más que un rincón. Y sin embargo es una prisión. Yo quería este aire, este sol, esta tierra. Su solemne promesa, hecha antes de que yo naciera, me prohibía incluso pensar en ello.

-Y por supuesto pensaste en ello -suspiró la madre Adèle-. Los jóvenes nunca cambian.

- Eso es lo que él dijo -murmuró Lys, tan tensa e indignada que apenas pude oírla-. Eso es exactamente lo que dijo.

-Te dejó marchar.

- ¿Cómo iba a detenerme? Sabía lo que ocurriría, que los muros se cerrarían tras haberlos abierto. Que no habría vuelta atrás.

-¿Querías volver?

- Entonces no. Ahora... -Sus dedos se enredaron en los rizos de Francha y los sacó con cuidado-. Este no es mundo para personas como yo. Me odia o me teme, o ambas cosas; me ve como algo que utilizar o quemar. Incluso vosotras que me acogisteis, que os atrevisteis a tomarme cariño, sabéis cuánto podéis llegar a sufrir por ello. Y lo haréis; sois tan valientes como para eso, pero acabaréis odiándome.

-Es probable -reconoció la madre Adèle-. Pero posiblemente no. Dudo que estés aquí el tiempo suficiente para que eso ocurra.

-No volveré a Montsalvat -aseguró Lys, recalcando cada palabra.

-Puede que no tengas elección -opinó la madre Adèle-. A no ser que se te ocurra una manera de deshacerte de milord. Podemos retenerlo durante algún tiempo, pero tiene hombres armados y caballos, y nosotros no.

Lys bajó la cabeza.

- Lo sé -repuso-. Ya lo sé.

- Sabes demasiado -dije. Estaba enfadada de repente, harta de toda aquella conversación-. ¿Por qué no dejas de saber tanto y haces algo? Hay veinte hombres ahí fuera con un hombre al frente que quiere a una bruja como animal de compañía. Entrégate a él ahora, antes de que mate a alguien, o encuentra una forma de echarlo. Dijo que podías hacer que bajara la luna. ¿Por qué no también relámpagos?

-No puedo matar -respondió Lys, tan consternada que supe que decía la verdad-. No puedo matar.

-Ya lo has dicho antes -repliqué-. ¿Son ésos todos tus poderes? ¿Acobardarte y rendirte, y dar gracias a Dios por no usar lo que El te dio?

- Si Él lo diera y no el Otro -me contestó.

- Eso es herejía -declaró la madre Adèle, pero como si no le importara demasiado-. Creo que es mejor que reflexiones. Mira adónde te ha conducido el jugar el papel de buena cristiana. Te llevará con él, hija, puedes estar segura, y nos hará pagar por haberte tenido aquí. Lys se levantó con Francha en sus brazos, completamente dormida. Acostó a la niña en la cama, la tapó con cuidado y la besó. Entonces se giró.

-Bien -decidió-. Me rendiré. Dejaré que me lleve a Montsalvat. La madre Adèle se levantó tan deprisa y actuó tan repentinamente que no supe lo que había hecho hasta que oí la bofetada.

Lys se llevó la mano a la mejilla. Pude ver cómo aparecía una ron-cha roja en su blanca piel. Estaba absolutamente estupefacta.

-¿Es eso todo lo que puedes hacer? -le recriminó la madre Adèle-. ¿Esconderte, acobardarte y lloriquear, hablar mucho de resistir y luego ceder ante la mínima amenaza?

- ¿Qué más puedo hacer? -replicó Lys.

- Piénsalo -dijo la madre Adèle. Y se marchó.

Era una noche muy tranquila. Para mi sorpresa, pude dormir, y me sorprendí todavía más al despertar y encontrar a Lys allí. Estaba sentada junto a la lumbre cuando me acosté y seguía allí sentada. Pero el fuego estaba cubierto, tenía las piernas todo lo levantadas que le permitía su gran vientre, y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás.

Volvió en sí rápidamente en cuanto me acerqué a levantar la tapa del fuego y se puso a realizar sus tareas matinales, como cualquier otro día. Pero pude notar los rastros de lágrimas en sus mejillas nada más verla, antes de que se levantara a buscar la olla.

Cuando se enderezó con las manos en los riñones como cualquier mujer encinta desde la madre Eva, esperaba oírla decir: «Me voy al priorato». Y eso hizo.

Yo la acompañé. Era una mañana gris y hacía frío, con un aire punzante. Esta vez llevaba puesto un bonito vestido, mi mejor pañoleta y el abrigo de lana de Claudel. Eran una especie de armadura. Lys llevaba su propia belleza y la capa azul que me había hecho para mi

boda. Tenía algo que la hacía parecer casi normal, menos de lo que era. La madre Adèle lo llamaba glamour. Pero no la acompañaba aquella mañana, en que parecía tan humana como un ángel en un altar.

El señor Giscard nos recibió a poca distancia del priorato, montado en su gran caballo y seguido de algunos de sus hombres. Nos sonrió.

-Que tengan una buena mañana, bellas señoras -saludó.

Nosotras no le devolvimos la sonrisa. Lys siguió caminando como si él no estuviera allí. Yo fui más cordial, pero fue una locura ya que, al verme mirándole, dirigió toda su sonrisa hacia mí.

-¿Queréis montar conmigo, Jeannette Lacios? Sé que no está lejos, pero a Flambard le alegraría llevaros.

Clavé la mirada en Lys y aceleré el paso. El caballo rojo avanzaba a mi lado. No levanté la vista, aunque sentí escalofríos en la nuca. En un momento, tan sólo un momento, me tomaría en sus brazos y me montaría a su silla.

- Oh, vamos -insistió con su suave voz de príncipe-. No soy un diablo tan malvado. Si me gustáis, y es natural que gustéis a un hombre, ¿qué podría haceros sino el bien? ¿No os gustaría vivir en una casa elegante y vestiros de seda?

- ¿Y concebir a vuestros bastardos? -repliqué, aunque seguía sin mirarlo-. No, gracias. Dejé de hacer penitencia hace seis años. Se puso a reír.

- ¡Bonita y también ingeniosa! Sois una joya en este muladar. Me detuve en seco.

- ¡Sency no es el estercolero de nadie!

Estaba lo suficientemente indignada como para osar mirarlo. Él no estaba nada enojado. Seguía sonriendo.

- Me gustan las mujeres con carácter -dijo.

Justo en ese momento su caballo alargó el cuello e intentó morder-me. Le pegué con todas mis fuerzas. Se apartó, asustado, mientras su dueño maldecía. Me permití reír, tan sólo una vez, antes de saludar a la hermana portera.

-Volveré contigo -declaró Lys.

Estábamos de nuevo los cuatro en el salón de la madre Adèle. Esta vez se encontraba con él el sargento, no sé si para protegerlo o en calidad de testigo. El hombre permaneció en pie tras el sillón de su señor y nos estuvo observando sin decir nada, aunque era evidente lo que pensaba de nosotras. No éramos más que unas débiles mujeres que jamás podrían enfrentarse a su señor.

Lys estaba sentada con las manos en lo que le quedaba de regazo, moviéndolas sin cesar.

- He estado pensando -dijo-. No puedo hacer más. Te daré lo que me pides: volveré a Montsalvat.

Abrí la boca, pero éste no era momento para que yo hablara. El señor Giscard estaba claramente encantado y la madre Adèle sencilla-mente atónita.

-¿Estás segura? -preguntó.

- Sí -repuso Lys.

El señor Giscard le mostró su faceta más tierna y dulce. -Haré todo lo posible para que no te arrepientas -afirmó.

Lys alzó la mirada hacia él, su verdadera mirada, no la que los demás querían ver. Pude oír la fuerte respiración de Giscard. Su sargento hizo la señal de los cuernos e, inmediatamente después, la de la cruz. Ella sonrió.

- Eso no os hará ningún bien, Raimbaut.

El sargento se ruborizó. Lys concentró toda la intensidad de sus ojos en Giscard.

-Sí, volveré contigo -repitió-. Seré tu bruja, quizá tu amante también cuando nazca mi hija, si me deseas. Después de todo soy una exiliada, y pobre, y no tengo familia en este

mundo.

El júbilo de Giscard se estaba desvaneciendo por momentos, mientras que el mío no aumentaba, todavía no. Pero Lys no se había rendido, lo veía en su rostro, en su feroz sonrisa.

-Pero antes de irme -añadió-, o de que me aceptes, deberías saber qué es lo que te llevas.

-Lo sé -replicó él con algo de brusquedad-. Eres una bruja. No envejecerás ni perderás tu belleza. El fuego es tu sirviente y las estrellas bajan cuando las llamas.

- Los hombres también, si lo deseo.

Por un momento pude ver pura codicia en Giscard, aunque la ocultaba como los niños aprenden a hacer.

- Puedes predecir el futuro. Aymeric me lo dijo.

- ¿Ah, sí? -Lys arqueó una ceja-. Me prometió que no lo haría.

-Se lo sonsaqué -explicó el señor Giscard-. Ya lo había adivina-do, por cosas que él decía.

- Nunca supo ocultar nada -reconoció Lys-. Sí, tengo ese don.

- Un grandísimo don, y muy terrible -agregó él.

-Y tú eres lo bastante inteligente para comprenderlo -repuso Lys-. O te imaginas que lo eres. -Se levantó. El sargento retrocedió y el señor Giscard permaneció sentado, aunque entornó un poco los ojos. Lys se quedó de pie frente a él, con la mano bajo el vientre, como para protegerlo.

»Hagamos un trato, mi señor. He aceptado someterme a tu voluntad, pero, antes de llevarme contigo, permíteme que te lea tu destino. Si entonces sigues estando seguro de que soy responsable de tu buena fortuna, podrás tenerme y hacer conmigo lo que desees.

El vio la trampa que encerraban sus palabras. Yo también, aunque no fuera hija de un señor.

-Un trato inteligente -dijo-, cuando lo único que necesitas es vaticinar mi muerte y de ese modo deshacerte de mí.

-No -contestó ella-. No es tu muerte lo que veo. Te diré la ver-dad, Giscard; te doy mi palabra.

- Sobre la cruz -exigió él

Lys posó la mano sobre la cruz de la madre Adèle y juró por ella. La priora no dijo nada. Aguardaba, al igual que yo, a ver qué haría Lys.

Se santiguó. Sus labios se movían recitando lo que tan sólo podía ser una oración. Entonces se arrodilló frente a Giscard y tomó sus ma-nos. Vi cómo él se ponía rígido por un instante, como apartándose. Lys lo sujetó, y él se tranquilizó. Entonces lo miró a los ojos. El volvió a oponer resistencia, pero ella no lo soltaba.

Cerré las manos en un puño mientras mi corazón latía con fuerza. No había relámpagos ni nubes de azufre. Tan sólo la esbelta silueta encinta envuelta en mi capa azul, con su suave y tierna voz.

Le leyó el futuro: se iría de Sency cabalgando con ella detrás, y volverían a Rouen, donde la guerra estaba haciendo estragos y proseguiría durante infinidad de años. Volvería la peste, una y otra vez. Lucha-ría en la guerra, sobreviviría a la peste y alcanzaría la gloria, con ella a su lado: siempre joven, siempre bella, siempre alerta por su bien.

-Siempre -dijo-. Siempre estaré contigo, de día y de noche, en la guerra y en la paz, en tu corazón y en tu mente, alma de tu alma, una parte indisoluble de ti. Cada aliento de tu vida, cada uno de tus pensamientos, todo aquello que ilumine tus ojos: todo será mío. Serás casto, Giscard, salvo para mí; libre de pecados, excepto el de amarme. Y conoceré todo cuanto hagas. Así éramos Aymeric y yo, unidos por un amor y una amistad perfectos. Así seremos tú y yo.

Después de que terminara de hablar ninguno de nosotros se movió durante un buen rato. El señor Giscard estaba boquiabierto; emboba-do, habría dicho yo, si se hubiera tratado de un hombre menos atractivo. Lys sonrió con impresionante ternura.

-¿Me querrás, Giscard? ¿Aceptarás la gloria que te puedo ofrecer? Se desprendió de ella

con gran fuerza, y la sacudida de su brazo la hizo tambalearse.

Yo me levanté de inmediato y, de un salto, caí junto a ella. Estaba en el suelo muerta de risa, en una retorcida posición.

Riéndose, riéndose como una loca, riéndose hasta el llanto. Cuando dejó de hacerlo, él ya se había marchado. Se echó en mis brazos, agotada. Mi vestido estaba empapado de sus lágrimas. -¿Habrías podido hacerlo de veras? -le pregunté.

Asintió con la cabeza, y se enderezó con dificultad. Yo la ayudé y le di mi pañoleta para que se secara la cara.

-Te lo puedo hacer a ti también -dijo en un tono algo crudo-. Puedo oírlo todo, verlo, sentirlo, cualquier pensamiento en cualquier mente. Cualquier esperanza, sueño, amor, odio, temor, locura: todo. -Se apretó la cabeza-. ¡Todo!

La cogí en mis brazos y la sacudí. No sé por qué no me asustaba. Supongo que había pasado demasiado tiempo. Había estado viviendo con nosotros desde el día de San Miguel. Si seguía habiendo algo oculto en ella, se hallaba escondido en un lugar demasiado profundo para ser descubierto.

Lloraba de nuevo, con unos sollozos intensos y atroces.

-Yo era la mejor, decía mi padre, de todos los que están en el Bosque; la más fuerte, la que veía con mayor claridad cómo se levantaban los muros y cómo se derrumbaban. Ninguno de nosotros era más apto que yo para caminar entre los humanos. Así que los desafié a todos, quebranté la prohibición y salí del Bosque. Y pude hacerlo. Pude vivir como los humanos. Pero no podía morir como ellos. No podía. -Su voz se convirtió en un gemido-. ¡Quería morir con Aymeric! ¡Y ni siquiera podía enfermar!

-Oh, cállate. -La madre Adèle estaba de pie frente a nosotras, con las manos en las caderas. Había salido cuando Giscard se dio a la fuga; ahora estaba de vuelta, sin una pestaña fuera de sitio, y ningún temor ante la mujer del Bosque.

»Si realmente hubieras querido introducirte en la tumba de tu amante, habrías encontrado la forma de hacerlo. No vale más un «no puedo» a la hora de quitarse la vida que cuando se trata de matar a otra persona. Es sencillamente un «no quiero» y una buena dosis de «tened compasión de mí».

Lys habría podido matarla entonces. Sí, con toda facilidad. Me alegró que algo la retuviera, ya fuera un «no puedo» o un «no quiero», o sencillamente su desconcierto.

Se puso en pie, pero esta vez sin la elegancia de siempre. Incluso su belleza se había visto afectada, con aquella palidez; demasiado delgada, demasiado angulosa y demasiado extraña.

La madre Adèle la contemplaba sin la más mínima compasión.

-Te has deshecho de su señoría -añadió-, y con mucha facilidad. Se iría al infierno antes que volver a aparecer por Sency. Sabrás, supongo, que habría podido jurar que mandaría a la Inquisición para que nos quemara a todos por lo que le has hecho.

-No -replicó Lys-. No lo haría. Me aseguré de ello.

- ¿Te... aseguraste?

Incluso Lys habría podido sucumbir ante la ira de la madre Adèle. Se llevó las manos a la cara y luego las dejó caer.

- No le hice hacer más que lo que él estaba dispuesto a hacer.

-Tú lo obligaste.

- ¿Preferirías que volviera con fuego y espada?

Por un momento se encararon, como fuego y espada. La madre hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y suspiró.

-Ya está hecho, y no puedo decir que quiera que lo deshagas. Es algo que pagaré muy caro en penitencia. Tú... puede que ya hayas pagado. Nunca debiste dejar el Bosque.

-No lo creo -contestó Lys-, pero sí creo que me he quedado demasiado tiempo. -La madre Adèle se sorprendió un poco. Lys sonrió con frialdad-. No, no estás pensando en mí; está escrito en tu cara. Quieres que me vaya.

-No que te vayas -la corrigió la madre Adèle-. Que vuelvas a casa. Lys cerró los ojos.

-¡Dios santo! Estar en casa, volver a vivir entre aquellos muros, ser lo que soy, todo lo que soy, donde está mi propia gente... -Se estremeció mientras hablaba-. ¿No crees que lo he intentado? Por eso vine aquí, para encontrar la puerta, para romperla, para volver.

-No lo intentaste lo suficiente -afirmó la madre Adèle-. Un «no quiero» una vez más, siempre un «no quiero».

- No es mi «no quiero», sino el de mi rey.

- El tuyo -insistió la madre Adèle, imperturbable-. Yo también puedo leer las caras. ¿Son todos tan tozudos como tú, allí de donde vienes?

- No -repuso Lys. Se abrieron sus ojos. Se levantó-. Algunos son peores.

-Lo dudo -replicó la madre Adèle-. Eres bienvenida aquí, eso nunca lo dudes. Pero éste no es tu mundo, no somos tu familia. Tú misma lo has dicho. Nos quieres y nos ves morir.

-No lo podéis evitar -dijo Lys.

La madre Adèle se puso a reír, ante la enojada mirada de Lys.

-Vamos, niña, vuelve a casa. No somos mejores para ti de lo que lo eres tú para nosotras.

Lys se sintió mortalmente insultada. Puede que fuera mayor que la madre Adèle, y de más alta estirpe. Pero se reprimió e inclinó la cabeza en un gesto de verdadera reverencia, aunque no precisamente de asentimiento.

III

Hacía frío en el Bosque con la luz grisácea del atardecer. No cantaba pájaro alguno ni el viento mecía las ramas de los árboles.

Lys había intentado marcharse sola, pero debería haber sido más precavida. Esta vez no era culpa mía, o por lo menos no del todo: me fui detrás de Francha. Así que allí nos encontrábamos, en el pórtico de la capilla en ruinas, Francha con las manos en la cintura, y yo frente a ella.

- Si hay alguna forma de abrir los muros -dijo Lys, cautelosa y fría-, con vuestra presencia mortal seguramente permanecerán cerrados. La oí, pero no la estaba escuchando.

-¿Vas a volver a abandonar a Francha?

Lys frunció el entrecejo y miró a la niña agarrada a ella.

- No puede venir, aunque yo consiga entrar.

-¿Por qué no?

- Es un ser humano.

- No puede vivir en este mundo -le recordé-. Apenas vivía cuan-do llegaste. Cuando te vayas, morirá.

- Se nos prohíbe...

-Tenías prohibido salir, pero lo hiciste.

Lys rodeaba a Francha con sus brazos, casi como si ni pudiera evitarlo. La levantó y la mantuvo así, junto a ella.

-¡Oh, Dios mío! ¡Si pudiera ser la dura y fría criatura que aparento ser!

- Eres bastante fría -afirmé-, y tan cruel como un gato, aunque incluso un gato tiene sus debilidades.

Lys me miró.

- Deberías haber sido uno de nosotros.

Me estremecí.

- Gracias a Dios que me salvé. -Miré al cielo-. Más vale que lo hagas ya si vas a hacerlo. Antes de que anochezca.

Lys pudo haber protestado, pero no podía evitar que se pusiera el sol.

No entró en la capilla como pensé, sino que permaneció fuera, frente al Bosque, con Francha en sus brazos. Ya estaba oscuro bajo los árboles y una neblina gris lo cubría todo, deslizándose entre las ramas.

Lys abrió bien los ojos.

- Está abierto -dijo-. Han caído los muros. Pero...

- Deja de hablar -la interrumpí. Sentí dolor en la garganta-. Márchate.

Se quedó donde estaba.

- Es una trampa, o un engaño. La prohibición es lista, sabe para qué está.

Francha se debatía en sus brazos. La dejó marchar, y la niña se deslizó hasta el suelo, sin soltarle la mano, y tiró de ella hacia el Bosque.

Miró a Francha a los ojos, unos ojos tan humanos como no lo eran los suyos.

- No, Francha, es una trampa.

Francha se inclinó hacia adelante, tirando de ella con todo su peso. Era como si le estuviera gritando: ¡Ven!

-Ve -dije-. ¿Cómo sabrás que es una trampa si no lo intentas? ¡Ve! Lys me miró, indignada.

-¿Qué sabrán los humanos...?

Dije una palabra que la desconcertó a tal punto que perdió el habla. Mientras vacilaba, yo la empujaba y Francha tiraba de ella, arrastrándola hacia lo que más deseaba en el mundo.

Más tarde me dolería, pero ahora sólo quería que se fuera, antes de que me diera por vencida, antes de que le permitiera quedarse.

Ahora Lys caminaba por propia decisión, aunque despacio. Los árboles se iban acercando. Había un olor a neblina, a humedad y frío, como el aliento de los muertos.

-¡No! -gritó Lys, alzando una mano.

Aparecieron destellos de luz. La neblina se secó y se desvaneció. Los árboles se elevaron, más altos que los árboles mortales, inmensos pilares que sujetaban un techo de oro.

La luz se atenuó. Los árboles volvieron a ser árboles, pero sus hojas seguían siendo doradas, claras en la oscuridad. Había un camino entre ellas, con un leve resplandor, que serpenteaba en la penumbra. No duraría mucho, lo presentía. Me armé de valor para arrastrarla hacia él, evitando pensar en lo que ocurriría si se cerraba mientras yo seguía allí.

Se adentró en él por su propia voluntad. Dio un paso, dos, tres. Se giró.

Extendió la mano. Se iba. Hasta ahí había ganado yo. Ahora me ofrecía lo que yo le había hecho tomar. El país radiante. El pueblo que no conocía la vejez, ni la enfermedad, ni la muerte. Huida. Libertad.

¿De qué?, le pregunté para mis adentros. Yo envejecería estuviera donde estuviera.

- Llévate a Francha -dije-. Quizá la puedas curar, quizá recupere la voz. Quizás aprenda a cantar.

Lys no bajó la mano. Lo sabía, la condenada; sabía con qué facilidad y alborozo podía tomarla.

Me estrujé la falda con los puños.

- Nací en esta tierra y moriré en ella.

Francha soltó la mano de Lys. Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza. Pero no para aferrarse, no para quedarse. Había tomado una decisión, la había tomado ya en tiempos de la cosecha, en otra parte del Bosque.

Parecía como si Lys quisiera hablar, pero le pedí que no lo hiciera. Tal vez me oyó, o simplemente me comprendió, como hacían los humanos, por la expresión de mi cara. No dijo nada. Tan sólo me miró, durante largo, largo rato.

El camino se fue desvaneciendo rápidamente. Lys se giró de repente, cogió a Francha y empezó a correr; se adentró en la brillante oscuridad, hacia una luz que yo casi podía ver. Había gente allí. Príncipes pálidos, reinas pálidas. Un rey pálido que no era frío en absoluto. Casi, casi, podía ver sus grises ojos, cómo sonreían, no sólo a la hija pródiga de regreso a casa, sino también a mí, mera carne mortal, sola junto a una capilla en ruinas.

Me puse a reír con tristeza. Llevaba mi capa de boda. ¿Qué diría Claudel cuando volviera?

Si volvía.

Cuando, dijo un susurro en el Bosque. Un regalo. Una promesa.

Le di la espalda a la sombra y a los árboles, y me dirigí hacia casa: calor y luz, y a las voces de mis hijos, y Mamère Mondine dormida junto a la lumbre. Mientras caminaba una blanca estrella solitaria se elevó en el cielo, como para protegerme y guiarme.